

Los tres errores de Charles Maurras

written by Otros medios | 09/03/2021

Por Georges FELTIN-TRACOL

Para este Titanic que es la Universidad francesa, Charles Maurras sólo puede ser un personaje siniestro con ideas nauseabundas que se deleitó en los «años más oscuros de nuestra historia» (entendiendo por tales la ocupación alemana entre 1940 y 1944). Esta interpretación falaz atestigua la inmensa necesidad de sus autores.

Durante más de cincuenta años, Charles Maurras poseyó un verdadero dominio sobre la República de las Letras. Este poeta – novelista – periodista – doctrinario y panfletario trabajó toda su vida por el triunfo de sus ideas. Sin embargo, tres grandes errores impidieron su realización.

No mencionemos su regalismo orleanista, una banalidad a finales de un siglo XIX dominado por el hecho nacional y la racionalidad. Desde la revolución parisina de las «Tres Gloriosas» (27, 28 y 29 de julio de 1830), que derrocó al rey francés Carlos X en favor de su primo, el duque Luis Felipe de Orleans, quien se convirtió entre 1830 y 1848 en el rey de los franceses Luis Felipe, el movimiento monárquico se dividió entre los *legitimistas* (los partidarios de la rama mayor de los Borbones), en particular Carlos X y su nieto, el Conde de Chambord o Enrique V, partidarios de una monarquía tradicional y corporativa de derecho divino) y los *orleanistas* (partidarios de la Casa de Orleans, favorables a una monarquía constitucional más o menos parlamentaria). Cuando el Conde de Chambord, que no tenía hijos propios, murió en 1883, la reconciliación entre los monárquicos franceses se produjo en su totalidad. Aparte de una facción de legitimistas que se volvió hacia los Borbones de España, es decir, **los**

pretendientes carlistas, en nombre de las leyes fundamentales del reino de Francia y de la indisposición legal del Tratado de Utrecht de 1713 hacia la Corona de Lirios, los antiguos legitimistas se unieron al pretendiente orleanista, el propio nieto de Luis Felipe, Felipe (1838 – 1894) Conde de París. En su obra fundamental, *Aux origines de l'Action française. Intelligence et politique à l'aube du XXe siècle* (1991), Victor Nguyen recuerda que el joven Maurras escribió en sus cuadernos «*Vive Henri V!*». ¿El joven provenzal había quedado marcado por las historias en torno a la «Montaña Blanca» del Bajo Languedoc? Hostiles al orleanismo y a la burguesía republicana, los legitimistas radicales no dudaron en aliarse con los republicanos socialistas bajo la Monarquía de Julio (1830 – 1848) para derrotar a los candidatos del régimen en las elecciones. Favorable al sufragio universal, incluso al voto de las mujeres casadas o viudas, la «Montaña Blanca» fue un increíble movimiento popular de pequeños agricultores, artesanos y pequeños comerciantes del sur de Francia.

No le echemos en cara que, en el ocaso de su vida, Charles Maurras prefiriera apoyar al Estado francés del mariscal Philippe Pétain antes que seguir a un gallardo general de brigada en Londres con carácter temporal llamado Charles De Gaulle, a pesar de que *L'Action française* había defendido previamente las teorías militares expuestas en sus primeros escritos, como el muy nietzscheano *Le Fil de l'épée* (1932) o *Vers l'armée de métier* (1934). De Gaulle se asoció entonces con un estratega inconformista, el coronel Émile Mayer (1851 – 1938), cuyos análisis fueron retomados a menudo por la «Joven Derecha» de Jean de Fabrègues y Thierry Maulnier.

En 1945, tras un veredicto severo y tendencioso que lo condenó duramente, Charles Maurras exclamó: «¡Esto es la venganza de Dreyfus!». No dudó en defender el honor del ejército francés porque su época creía en la fábula de la «conspiración judeo-boche». Oficial judío de origen alsaciano, Dreyfus sólo podía espiar para Alemania. Anticonservador vehemente, Maurras no

vio la inmensa manipulación fomentada por los círculos dirigentes masónicos de la Tercera República.

Las desgracias del capitán Dreyfus permiten de hecho al campo laico, republicano y conservador (los futuros radicales y radicales-socialistas, los verdaderos «cancerberos blandos de la República») alejar a las masas trabajadoras de sus justas reivindicaciones sociales en favor de una República egoísta supuestamente amenazada por la «derecha», los católicos, la Iglesia... Los trabajadores no comprenden inmediatamente que el ideal laico y las conjuras contra un inminente «peligro reactivo» impedirán el menor avance social. En la década de 1880, el canciller Otto von Bismarck instituyó leyes sociales en el Reich alemán para contrarrestar el ascenso de la socialdemocracia. Quería «forjar una mentalidad conservadora entre la masa de los más pobres, que legitimara las pensiones». Los republicanos franceses no imitaron a la Alemania bismarckiana hasta principios de los años 30. Con una fibra más popular, Maurras podría haber advertido al mundo obrero de este desvío desastroso en beneficio de la oligarquía vigente. Dreyfusiano implacable, Charles Péguy entendió la maniobra, pero demasiado tarde ...

La falta de interés por las cuestiones sociales, una escena social mayoritariamente conservadora y anquilosada y una desconfianza instintiva hacia las «clases trabajadoras» urbanas explican la desconfianza de Maurras hacia los intentos de Georges Valois de conciliar el activismo de los *Camelots du Roi* (el movimiento juvenil de la Action Française) con la agitación sindical de 1908. Los huelguistas cuelgan el busto de Marianne en el balcón de una bolsa de trabajo. El Círculo de Proudhon, que reunió a monárquicos, corporativistas, socialistas y anarcosindicalistas de 1911 a 1914, fue una gran oportunidad perdida para la convergencia de las cuestiones sociales y nacionales. El historiador Zeev Sternhell vio en esta intensa efervescencia de la cultura política y social la génesis de una «derecha revolucionaria», una prefiguración

matriz del fascismo entendido como fenómeno europeo de la primera mitad del siglo XX.

Maurras podría haber alentado francamente la iniciativa revolucionaria-conservadora de Georges Valois (1878-1945) y concebir, sobre el precedente real de la victoria de Bouvines del 27 de julio de 1214, un acuerdo entre las capas populares y la aristocracia contra la burguesía republicana. Ese día, un domingo, el ejército del rey Felipe II Augusto de Francia, aliado del príncipe de los romanos y futuro emperador romano germánico Federico II de Hohenstaufen y del papa Inocencio III, fue asistido por la milicia comunal. Los franceses obtienen una rotunda victoria sobre la coalición del rey Juan *sin Tierra* de Inglaterra, el usurpador imperial Otón IV y el conde Ferrand de Flandes. Bouvines selló la naturaleza profunda de la realeza capeta: una monarquía guerrera, aristocrática y popular. Sin comprender que el siglo XX sería el siglo de las masas en acción y temiendo, por el contrario, que este «populismo» irritara a sus retrógrados partidarios financieros, el nativo de Martigues perdió una magnífica oportunidad de cristalizar bajo su liderazgo intelectual un haz de oposición radical al régimen. Este desinterés por la cuestión social sigue siendo fuerte entre los herederos de los revolucionarios de derecha, con la excepción de algunas formaciones «monárquicas de izquierda» como en 1944 – 1945 el Movimiento Socialista Monárquico o la Nueva Acción Monárquica (NAR) cuyos militantes fueron apodados en su día «maorristas»...

Charles Maurras cometió un grave error en agosto de 1914 cuando él, el antirrepublicano, se unió a la Unión Sagrada. Esta adhesión patriótica y germanofóbica atestigua una evidente falta de determinación maquiavélica por parte del editor de *L'Avenir de l'Intelligence* (1905). En nombre del nacionalismo integral, abandonó temporalmente su hostilidad fundamental hacia la República para apoyarla. El resultado en 1919 fue una Europa totalmente fragmentada, debilitada y desequilibrada, con una Alemania magullada, humillada y, sin

embargo, aún poderosa. El economista liberal y cronista diplomático de *L'Action Française*, Jacques Bainville (1879 – 1936), extrajo de los calamitosos tratados de paz de 1919 – 1920 la profética acusación sobre las consecuencias políticas de la paz (1920).

¡Maurras no es un facineroso! Sincero y desprovisto de segundas intenciones, es ante todo un literato político, ino un discípulo de Lenin! Dotado de un temperamento diferente, ¿quizás habría actuado como los republicanos el 4 de septiembre de 1870? Ese día, cuando los prusianos anunciaron la toma de Sedán, que tomaron prisionero al emperador francés Napoleón III, los republicanos no dudaron en derrocar el Segundo Imperio que, cuatro meses antes, había obtenido el 70% de los votos en un plebiscito. Una vez instalada la República, los nuevos amos del país pudieron por fin proclamar que «la patria estaba en peligro». ¡El punto esencial se ha hecho! Nunca, pues, los gobiernos de orden moral del presidente monárquico de la República, el mariscal Mac-Mahon, considerarán jamás la abolición del nuevo régimen...

Si el Imperio Alemán se hubiera impuesto en el Frente Occidental en el otoño de 1914, es probable que la Tercera República se hubiera derrumbado como lo hizo en junio-julio de 1940. ¿Habría habido una restauración monárquica? No, los alemanes no habrían favorecido instituciones fuertes en París. Ciertamente, Francia habría cedido Belfort, Marruecos y otras colonias, ¿y qué? En 1713 y 1763, París abandonó Acadia y Quebec a los ingleses sin ofender a la posteridad. Una Europa bajo el dominio del *Kaiser* podría haber permitido la conciliación de los principios tradicionales con la modernidad técnica de la época. ¿Quién sabe? En esa Europa, la Francia de 1915 podría haber segregado un fascismo basado en las ideas maurrasianas, que luego se extendió a través de un joven capitán nacido en Lille, largamente prisionero en Ingolstadt. Estas consideraciones particulares son objeto de una fuerte especulación ucrónica en la obra coordinada por Niall Ferguson

en 1999, *Historia Virtual. Alternativas y contrafactuales*, así como en una obra colectiva de historiadores franceses bajo la dirección de Xavier Delacroix, *L'autre siècle. ¿Y si los alemanes hubieran ganado la batalla del Marne?* (2018).

La falta de discernimiento táctico sobre la «Unión Sagrada» le costó caro a Maurras. Ya en 1926, su condena por parte de la Iglesia católica hizo añicos una vitalidad que ya había sido bien frenada por el asesinato de Marius Plateau (1886 – 1923) y la falta de planteamientos sociales realistas que defendía el activista Henri Lagrange (1893 – 1915).

Charles Maurras trabajó finalmente por los valores democráticos, nacionales y liberales modernos. Su nacionalismo integral fue un desarrollo conservador de la Ilustración. Hacia 1915, clarividente sobre el destino de la civilización europea en este momento decisivo, el autor de *Reflexiones sobre la violencia* (1908), Georges Sorel (1847 – 1922) se inclina por los Imperios Centrales. Por eso conserva una frescura que Charles Maurras ya no tiene.

Por Georges Feltin-Tracol. Este artículo se publicó originalmente en francés en <http://cercle-futur.blogspot.com/>